

LA ESCALERA ASOMBROSA



10
CTVS.

COLECCION MADRILITA

La escalera
asombrosa

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

118 X 162

PRINTED IN ARGENTINA

La ESCALERA

ASOMBROSA



En el pueblecito de los Mirones vivía el geniecillo llamado Bon; era pequeño, grueso y redondo, y siempre estaba sonriente. Tenía bastante dinero y conserva-

ba limpia y bien cuidada la casita en que vivía.

Bon resultaba simpático a la mayor parte de los habitantes del pueblo, gracias a su alegría y buen humor. Pero tenía un defecto muy grave: el de que pedía constantemente cosas prestadas. Es verdad que las devolvía intactas, pero, de todos modos, esta costumbre resultaba muy molesta para los demás.

Bon pedía prestados los cepillos, cestas, sillas, mesas, lámparas, carretillas y aun algunos patos, cuando deseaba limpiar su surtidor. Y lo peor era que tenía dinero bastante para comprar la mayor parte de las cosas que necesitaba, de modo que aquello no era más que un vicio.

Sin embargo, nadie se atrevía a decírselo, a causa de lo simpático que era a todo el mundo, y continuaron pres-tándole cosas, hasta que un día ocurrió algo. Se des-alquiló la casita inmediata a la suya y fué a ocuparla el

mago Saltón. Era un individuo delgado, de larga barba y que llevaba un gorro puntiagudo. Bon le dirigió una sonrisa por encima de la cerca del jardín y lo saludó amablemente.

Pero no tardó mucho en pedirle cosas prestadas. Primero le pidió una pala, luego el impermeable, un día que llovía; después un tratado de avicultura y, finalmente, el gato, para que cazara un ratón que se había metido en la despensa.

Saltón se lo prestó todo, pero aquéllo no le gustaba y especialmente le desagradó tener que prestar su gato, por temor de que si entraba en la despensa del vecino, luego haría lo mismo en la suya propia y quizá le robaría algo.

Así continuaron las cosas por algún tiempo, hasta que Saltón se cansó y un día fué a hablar del asunto con el alcalde del pueblo.

—¿No podría usted curar a Bon de su vicio de pedir cosas prestadas? Es verdad que las devuelve intactas, pero resulta molesto. Todo el día está entrando y saliendo de mi casa, pidiéndome cosas.

—¡Sí, es muy desagradable!—contestó el alcalde.—Pero tampoco queremos disgustar a Bon, porque es un buen muchacho. No es más que una mala costumbre que ha adquirido.

—Pues convendría curarlo de ella—contestó Saltón,—y, por consiguiente, me dispongo a hacerlo yo.

—¿Qué se propone usted?—preguntó el alcalde.

—No puedo decírselo—replicó Saltón—porque quizá usted se lo comunicaría a otro y en el caso de que Bon se enterase, ya no habría sorpresa.

—¡En fin! Pero supongo que eso no podrá perjudicar a Bon y que no habrá imaginado usted nada peligroso.

—¡Oh, no, de ninguna manera!—contestó Saltón.



SALTÓN HABLÓ CON EL ALCALDE ACERCA DEL ASUNTO

—En realidad, más bien será divertido y ya le avisaré a usted para que venga a presenciarlo.

—Pues le prometo ir—le contestó el alcalde.

Saltón se volvió a su casa, muy pensativo. Al día siguiente salió y compró una escalera de mano. Era bastante larga para alcanzar el tejado de su casa y la dejó apoyada en la fachada, a fin de que Bon pudiese verla.

Por la noche Saltón salió y frotó la escalera de arriba abajo, especialmente cada uno de los tramos, murmurando, mientras tanto, una fórmula mágica. Luego se acostó y se sonrió muy satisfecho.

A la mañana siguiente, Bon vió aquella magnífica escalera y en el acto recordó que en su tejado faltaba una teja. Por consiguiente fué a casa de su vecino, con objeto de pedirle prestada su escalera.

—Oiga usted, amigo Saltón —dijo en cuanto éste hubo abierto la puerta.—¿Querrá hacerme el favor de

prestarme la escalera de mano? En mi tejado falta una teja y quisiera ponerla.

—Esta escalera no es como las demás—le contestó Saltón—y, por lo tanto, le aconsejaría que no me la pidiese prestada.

—¡Bah! no diga usted tonterías—contestó Bon con alegre acento.—Es una escalera muy buena y con ella podré llegar a mi tejado. Muchas gracias, señor Saltón, se la devolveré muy pronto.

Tomó la escalera y la llevó a su jardín. Una vez junto a la casa, la apoyó en la fachada para llegar al tejado. Luego tomó una teja nueva y empezó a subir.

Desde la escalera tuvo la impresión de que el tejado estaba muy alto. Continuó subiendo, sin avanzar gran cosa, y empezó a fatigarse. Creyó que la distancia que le quedaba era ya muy corta y prosiguió su ascensión, aunque no acababa de llegar al tejado.

¡Qué cosa tan extraña! Miró hacia el suelo, para ver a qué altura se hallaba y entonces notó que a la escalera le había sucedido algo raro. En cuanto hubo llegado a la mitad de ella, aparecieron nuevos tramos, que aumentaban a medida que subía, de modo que la escalera, por debajo de donde él se hallaba, habíase encorvado y retorcido, a causa de aquel extraordinario desarrollo de tramos. Mientras tanto, Saltón hizo avisar al alcalde para que presenciase el suceso y en cuanto la primera autoridad del pueblo vió a Bon, ocupado en subir fatigosamente la escalera, en tanto que se desarrollaban nuevos tramos debajo de él, se quedó sorprendido a más no poder.

Todos los vecinos acudieron, a su vez, para presenciar el espectáculo y, naturalmente, les hizo gracia y empezaron a reírse puesto que, a pesar de sus esfuerzos y de que subía sin cesar, Bon no conseguía llegar al tejado.

El pobre Bon estaba trastornado. Pudo darse cuenta



BON FUÉ A LLAMAR A LA PUERTA DE SALTÓN



BON SE SENTÓ EN UNA CURVA DE LA ESCALERA
Y DESCANSÓ.

de que todo el mundo se reía y se avergonzó.

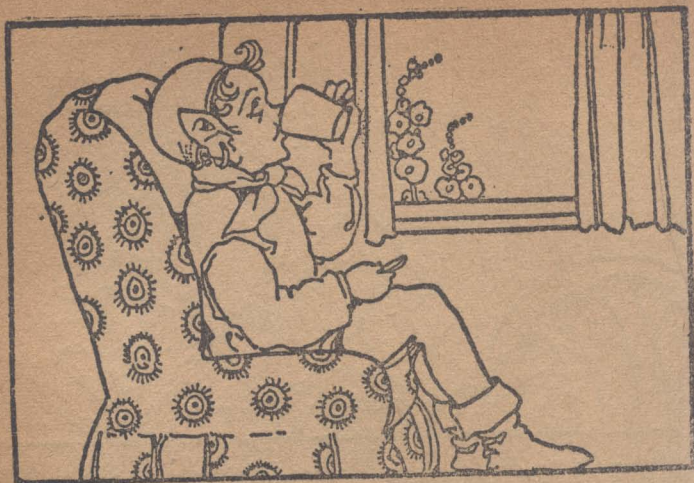
—¡Eh, Bon! ¿Por qué no bajas?—le preguntó el alcalde.—A este paso no llegas al tejado.

Bon empezó a bajar, mas, a medida que lo hacía, se multiplicaban los tramos por encima de él, de modo que la escalera también se encorvó y retorció en su parte superior. Y así el pobre geniecillo no podía subir ni bajar.

Se asustó, dándose cuenta de que la escalera estaba embrujada. Recordó que Saltón le avisó sobre la conveniencia de no pedirla prestada, y se arrepintió de no haber hecho caso de sus palabras. Más le hubiera valido que se comprase una escalera, pues tenía dinero para ello.

Se sentó en una curva de la escalera a descansar. Todo el mundo le miraba y todos se reían.

—Ya le avisé de que no me la pidiese prestada—dijo Saltón—de modo que él tiene la culpa.



BON SE TOMÓ UNA TAZA DE CACAO

—Lo tiene merecido, por su vicio de pedir cosas prestadas—dijo otro.—Quizá ahora escarmentará.

Bon oyó muy bien estas palabras y se sonrojó intensamente. Sí, era verdad que tenía aquel vicio, y no podía dudar de que la horrible escalera le estaba dando una lección. ¡Oh! No pediría nunca más una cosa prestada.

Pero, mientras tanto, ¿qué haría? Si se decidía a subir, la escalera se alargaba por abajo y, en caso contrario, se desarrollaba por su parte superior. No era posible continuar indefinidamente en el centro.

—No tengo más remedio que bajar, a pesar de todo. Empezó, pues, a descender, pero ¡qué larga y pesada fué aquella bajada! Tuvo que poner los pies en varios centenares de tramos, uno tras otro, de modo que, al poco rato, estaba fatigadísimo. Mientras tanto se habían congregado allí todos los habitantes del pueblo y se bur-

laban de sus esfuerzos. Por último, y a pesar de todo, Bon consiguió llegar al suelo. Después de poner el pie en el último tramo, se sentó jadeante en la hierba. Entonces Saltón se acercó a él y le dijo en tono solemne:

—¿Puedes devolverme mi escalera, Bon? La necesito para mi uso.

—Sí, quédesela. Se la devuelvo con el mayor gusto —contestó Bon.—Es una escalera horrible, embrujada y odiosa. ¡Ojalá no se la hubiese pedido prestada! Y, además, prometo que no volveré a pedir prestado nada, nunca más en mi vida. Esta escalera me ha dado una buena lección.

—Bueno, pues me la llevaré—contestó Saltón.—Quiero arreglar la chimenea de mi casa.

—Pero ¿no ha visto usted lo que le pasa?—preguntó sorprendido.—No lo haga usted, Saltón, se lo ruego. Le va a dar un disgusto, como a mí.

—No tengo ningún temor—contestó Saltón.

Tomó la retorcida escalera, la llevó a su jardín y, mientras tanto, murmuró el conjuro que había de deshacer el encantamiento que pesaba sobre ella, de modo que la escalera se acortó y se enderezó hasta adquirir su figura y tamaño habituales.

—¡Caramba, se ha enderezado!—exclamó Bon muy sorprendido.

—Es que no le gusta que la presten—dijo Saltón.—Adiós, Bon. Ahora más vale que vayas a descansar y, en adelante, si necesitas algo, lo compras.

Bon siguió su consejo y, metiéndose en su casa, fué a sentarse en el sillón de brazos. Luego se preparó una taza de cacao, mojando en ella unos bizcochos y, finalmente, fué a acostarse.

En adelante ya no pidió prestado nada más, pues cuando necesitaba algo, lo adquiriría con su dinero.

LOS JUGUETES FUGITIVOS

Emilia y Tomás tenían más juguetes que otro niño cualquiera del pueblo. Y tal vez os figuréis que eran felices por esta causa, pero lo cierto es que no estaban contentos.

Eran unos niños mimados y consentidos, que trataban muy mal a sus juguetes, los rompían sin consideración alguna y aun a veces los pisoteaban.

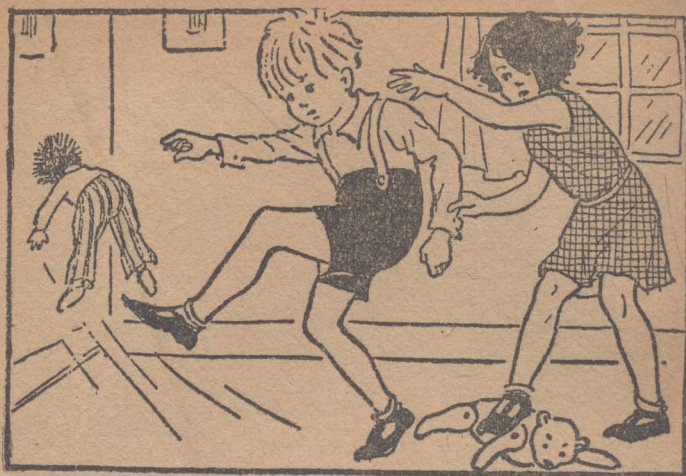
Como ya podéis imaginaros, los juguetes estaban muy disgustados. En realidad, odiaban a los niños y se echaban a temblar en cuanto los veían entrar en la habitación, pues estaban seguros de que uno u otro acabaría con algo roto.

Una noche, y cuando ya estaban a punto de acostarse, los dos hermanos se pelearon. Emilia quería jugar con los soldados de Tomás y éste no se lo consintió, pero ella le arrebató con violencia la caja de los soldados, asegurando que se los quedaría.

—Si me quitas los soldados, me quedaré con las muñecas —exclamó Tomás rabioso, agarrando, al mismo tiempo, un magnífico bebé que hablaba.

A estas palabras siguió una verdadera lucha. Los dos niños se pegaron, se tiraron del cabello, se pellizcaron y acabaron pisoteando la muñeca y los soldados, de modo que los pobrecitos quedaron hechos una lástima. Luego Tomás dió un puntapié al fantoche, mandándolo a un rincón y Emilia pisoteó a un osito, que gruñó enojado.

Al ruido acudió la institutriz y, dándose cuenta de lo que ocurría, regañó a los dos niños y los mandó a la



TOMÁS DIÓ UN PUNTAPIÉ AL FANTOCHE MANDÁNDOLO A UN RINCÓN Y EMILIA PISOTEÓ A UN OSITO

Mientras tanto, los juguetes se quedaron diseminados por el suelo hasta que dieron las doce.

En cuanto sonó la última campanada, el fantoche se incorporó mirando a su alrededor.

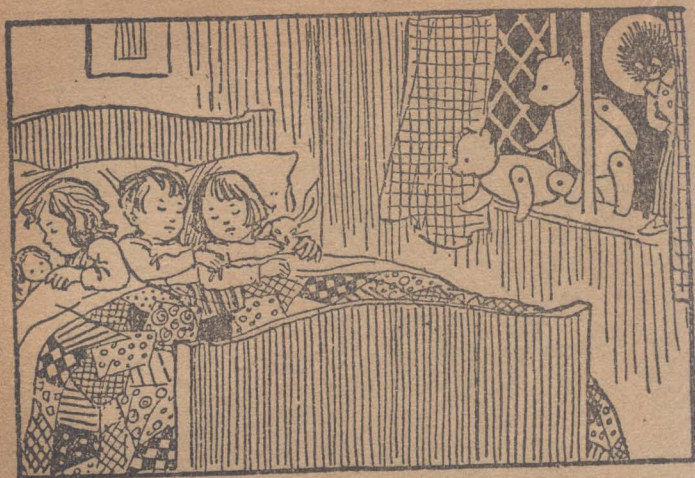
—Bueno, amigos—dijo con voz triste—¡Qué noche tan espantosa! ¿No os parece?

Entonces los demás juguetes se levantaron a su vez y prorrumpieron en un coro de quejas y de maldiciones hacia los niños.

—Y ¿por qué hemos de continuar con ellos?—exclamó, de pronto, el capitán de los soldados.—Tengo a más de la mitad de mis hombres heridos. Por mi parte no continúo aquí un día más.

—¿Pero a dónde iremos?—preguntaron otros.

—Poco importa—contestó el capitán.—Ante todo, marchémonos. Luego ya veremos.



EL FANTOCHE Y LOS OTROS SUBIERON AL ANTEPECHO DE LA VENTANA Y MIRARON AL INTERIOR

—Yo os llevaré—exclamó el tren de cuerda.—Me parece que en mis coches hay sitio para todos, siempre y cuando quitéis los techos de los vagones.

Esté consejo pareció de perlas a todo el mundo y, en el acto, los juguetes quitaron los techos de los vagones y luego se acomodaron en ellos. Iban bastante apretados, pero, sin embargo, contentos.

El fantoche dió cuerda a la locomotora y subió a la cabina para guiar el tren. Salieron de la habitación, tomaron el corredor pasando por encima de la alfombra y, por último, salieron al jardín. El tren continuó andando y pasó por el lado de un policía, que no podía creer lo que estaba viendo. Luego tomó una callejuela y se detuvo. El fantoche se apeó, dió otra vez cuerda a la máquina y se reanudó el viaje. El tren corrió largo rato, mas, al

fin, dijo que estaba muy cansado y que convenía buscar un alojamiento para pasar la noche.

—Desde aquí se ve una casita—dijo el fantoche.—Vamos allá y procuraremos enterarnos de si los niños que viven en ella son buenos o no.

El convoy continuó la marcha y finalmente se detuvo ante la casita. El fantoche y los ositos se encaramaron hasta el antepecho de la ventana y miraron al interior. Era una casa muy pobre y pudieron ver que en la habitación había tres niños acostados en una misma cama. La luna alumbraba una muñeca de trapo que la hermanita mayor estaba meciendo. Sobre una mesa inmediata vieron un pedazo de papel en el cual estaba dibujada una locomotora.

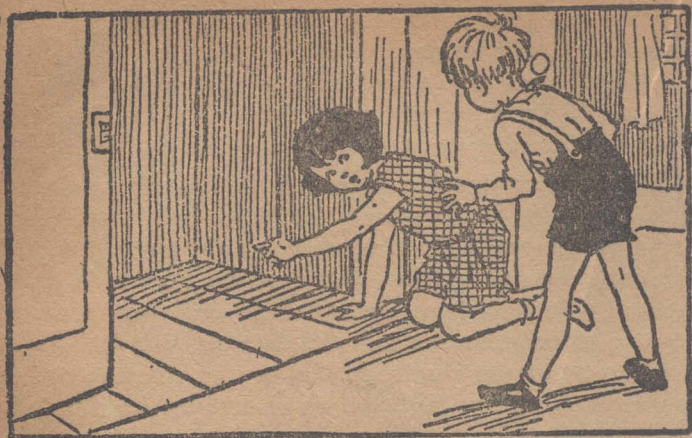
—Sin duda la ha dibujado el niño—murmuró el fantoche.—Deben de gustarle mucho los trenes.

La hermanita menor tenía un conejito de trapo en los brazos. Había perdido una oreja y el rabo, mas, sin embargo, parecía muy contento del afecto que le demostraba la niña.

—Esos son los únicos juguetes que tienen—dijo el fantoche.—Parecen buenos niños y espero que nos tratarán bien. ¿Entramos?

Todos manifestaron su conformidad y, poco a poco, se encaramaron al antepecho de la ventana. Fué bastante difícil subir el tren con todos sus vagones, pero al fin se consiguió, de modo que al poco rato la luna alumbró una multitud de juguetes, que esperaban tranquilamente la aparición del día.

En cuanto el sol alumbró la estancia, los tres niños se despertaron. El hermano mayor se sentó en la cama y dió un bostezo. De pronto vió todos los juguetes y parpadeó asombrado, figurándose que aun dormía.



EMILIA Y TOMÁS SE QUEDARON MUY SORPRENDIDOS AL NOTAR LA DESAPARICIÓN DE LOS JUGUETES

—¡Oh, mirad!—exclamó dirigiéndose a sus hermanas.
—Mirad lo que hay aquí.

Las niñas se despertaron y un instante después empezaron a proferir exclamaciones de sorpresa. Cada uno de ellos se abrazó con el juguete que más le gustaba y luego los tres llamaron a gritos a su madre, preguntándole si ella les había preparado aquella sorpresa.

—¡No!—contestó la buena mujer al darse cuenta de lo que ocurría.—Y no comprendo de dónde han salido estos juguetes.

—¡Qué bonitos son! —exclamó el niño.—¿Podemos quedárnoslos, mamá? Los cuidaremos mucho.

—Ya lo sé—contestó la madre sonriendo.—Pero ¿de dónde habrán venido?

—Quizá han pasado los Reyes sin darse cuenta de que no era el día de su llegada.

Aquella suposición satisfizo a los niños, que ya no se ocuparon en otra cosa que en divertirse con sus juguetes, a los que hicieron objeto de los mayores cuidados.

¿Y Emilia y Tomás?

Es imposible describir la sorpresa que tuvieron al día siguiente, al ver que habían desaparecido por completo todos sus juguetes.

—Lo tenéis muy merecido —les dijo severamente la institutriz.—Los tratábais tan mal, que los Reyes han venido a quitároslos.

Y así lo creyeron los niños, en vista de que los juguetes no volvieron nunca más a su casa.



EL ASNO DEL SEÑOR SIMON

El señor Simón era un granjero muy bondadoso, redondo como un barril y de ojos brillantes. Tenía veinte obreros y los trataba muy bien.

Pero un día observó que habían desaparecido algunas cosas. Notó la falta de veinte hermosas coles en un campo, cosa que le desagradó en extremo.

—Quizá me las habrá quitado algún vagabundo—pensó, poco deseoso de culpar a sus obreros.—En fin, es inútil pensar más en ello.

Pero a la mañana siguiente notó que habían desaparecido seis libras de mantequilla y entonces comprendió la necesidad de acabar con aquello.

Dos días después, sin embargo, echó de menos un par de docenas de huevos y al final de la semana alguien le robó su reloj de oro.

El señor Simón sintió mucho la desaparición de aquella joya y, después de reflexionar un rato, llamó a sus veinte obreros y les dijo:

—Si el ladrón confiesa hoy su falta, se la perdonaré. Pero si no lo hace, lo descubriré a pesar de todo.

Aquella noche, y hasta que el reloj dió las doce, el señor Simón esperó la llegada del ladrón, pero en vano, porque no acudió nadie.

—Ahora—pensó muy disgustado—tendré que descubrir al autor de esos robos y castigarlo. ¡Qué lástima!

—¿Y cómo lo cogerás?—le preguntó su regordeta mujer, que estaba tan trastornada como él mismo.

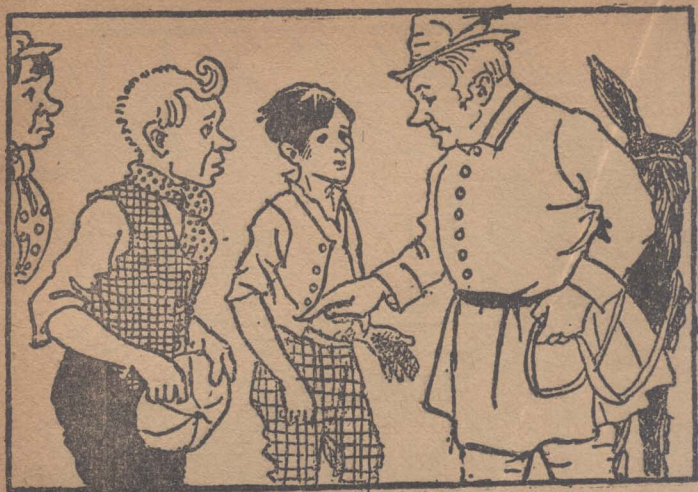


—¡DIOS MÍO! ¿PARA QUÉ TRAES EL BURRO AQUI?

—Espera y lo verás—contestó su marido, mientras encendía la bujía para ir a acostarse.

A la mañana siguiente el señor Simón salió a sus campos y llamó a su burrito negro. Montó en él y se volvió a casa. Entonces lo metió en la cocina y su mujer, al verlo, le preguntó extrañada por qué hacía aquello.

—Espera y lo verás—le contestó su marido.—Ahora sal de la cocina y déjame solo cinco minutos.



—ENSÉÑAME LAS MANOS—DIJO SEVERAMENTE
EL SEÑOR SIMÓN

Transcurrido este tiempo, el señor Simón sacó el asno de la cocina y lo llevó a la era. Tocó la campana y sus veinte obreros acudieron a la llamada.

—Amigos—les dijo el señor Simón muy serio—anoche no vino nadie a confesar el robo. Ahora me ayudará mi burro a descubrir al ladrón. Lo pondré de espalda a vosotros y cada uno pasará y le dará un tirón de la cola. Yo le he pedido que rebuzne cuando el ladrón le tire del rabo y así sabremos quién es.

—¡Qué asno tan listo!—se decían los obreros unos a otros, deseosos de saber quién sería el ladrón.

Luego, uno a uno, pasaron por detrás del animal, con objeto de darle un tirón de la cola.

El asno no rebuznó y en vista de que habían pasado ya los veinte hombres, uno de ellos exclamó:

—Resulta, pues, amo, que el ladrón no está entre nosotros.

—¡Oh, sí!—contestó el señor Simón.—Quizá el pobre animal se ha asustado. Pero pronto lo veremos. Enseñadme las manos.

Todos le tendieron las manos y resultó muy curioso ver que las tenían manchadas de negro. Solamente uno de ellos las mostró limpias y blancas, y, al darse cuenta de la diferencia, se apresuró a ocultarlas a la espalda.

—Enséñame las manos—le dijo severamente el señor Simón. Y en cuanto él obedeció, le dijo.—Tú eres el ladrón. No has dado un tirón a la cola del asno, por temor de que rebuznase, pues tened en cuenta que yo unté la cola del burro con hollín de la chimenea y así todos los hombres honrados se mancharon las manos al tirar de la cola, pero tú temiste tocarla siquiera. ¿Qué tienes que decir ahora?

—Sí, yo soy el ladrón —confesó avergonzado aquel hombre.—Y, en efecto, tuve miedo de tocar la cola del asno.

—Te perdono, siempre y cuando me prometas cambiar de conducta —dijo el bondadoso señor Simón.

No anduvo desacertado al otorgar su perdón, porque aquel obrero se reformó por completo y en adelante fué modelo de hombres honrados.

—¿Qué te parece, querida mía?—dijo un año después a su esposa.—Este hombre ha cambiado por completo; sin embargo, ni por casualidad se acerca al asno.

—Naturalmente—contestó ella riéndose.

EL PATITO DE TERCIOPELO VERDE

En unión de otros juguetes, vivía en la habitación de unos niños un patito de terciopelo verde. En el cuello llevaba una faja de color rojizo y el pico y las patas eran de color amarillo. Además, con una voz muy bonita, sabía decir "cuac" cuantas veces le oprimían el buche.

Ahora bien, todos los demás juguetes de la habitación no tenían tan buena voz como él. El osito profería un gruñido muy leve, porque le habían oprimido tantas veces la barriga, que casi se le agotó la voz. Emilia, la muñeca, decía en otros tiempos "mamá", pero cuando, un día, la abuelita la pisó por casualidad, se quedó sin voz. Y el fantoche nunca pudo proferir la menor exclamación, aunque él presumía de lo contrario.

Todo eso era, desde luego, verdad, exceptuando por la noche, cuando el cuarto de los juguetes estaba alumbrado solamente por las moribundas llamas del hogar, porque entonces todos los juguetes recobraban su voz y no paraban de charlar. Sus chillidos, gruñidos y "mamás" eran cosa apropiada para el día, pero cuando llegaba la noche cada uno hacía uso de su propia voz.

Una noche el pato de terciopelo verde empezó a darse importancia. Pablo, el niño a quien pertenecían todos los juguetes, tuvo una amiguita invitada a merendar, y Margarita, que así se llamaba la niña, manifestó cierta preferencia por el pato de terciopelo verde. Lo sentó a su lado durante la merienda y lo hizo graznar cien veces por lo menos.

Ya se comprende, pues, que el pato se diese importancia. Margarita dijo que su graznido parecía el de un pato verdadero y que era el juguete más lindo de cuantos viera hasta entonces. Así, pues, el pato de terciopelo se consideró aquella noche el rey de los juguetes.

—¿Habéis oído lo que dijo Margarita de mí?—les preguntó.—Dijo que mi graznido era...

—¡Sí, ya lo hemos oído!—contestó el osito, ya aburrido.—Y no queremos oírlo otra vez. No te acuerdes más de eso, patito.

—¿Que no me acuerde más de eso?—preguntó él sorprendido.—¿Y por qué habré de olvidarlo? Por el contrario, deseo recordarlo toda mi vida. Margarita dijo que yo era...

—¡Caramba, haz el favor de no darte tanta importancia—exclamó el fantoche—y no empieces a graznar, haz el favor! Ya estamos hartos de lo que has graznado durante todo el día.

—No comprendo por qué me decís eso—contestó enojado el pato de terciopelo.—Pero, dejadme que os comunique una cosa. Margarita dijo que yo soy el patito más lindo del mundo entero.

—¡Pues no es verdad!—contestó Emilia, la muñeca.—Margarita no habrá visto muchos patos, cuando ha dicho esa tontería. No te pareces en nada a un pato. Yo he podido ver a muchos verdaderos y pude notar que todos eran blancos. Tú eres verde, muy feo, y graznas de un modo desagradable, de manera que nos harás el favor de callarte.

El pato de terciopelo se enojó tanto, que apenas supo qué contestar. Luego dió un par de graznidos y añadió:

—¿De modo que no soy como un pato verdadero? Pues, sí, señora. Soy capaz de hacer todo lo que haga un pato, y ¡ojalá lo fuese, porque así podría vivir en el agua y no



—SÍ, YA LO HEMOS OÍDO—DIJO EL OSITO ABURRIDO

me vería obligado a aguantar la compañía de unos juguetes tan antipáticos como vosotros!

—¿Sabes poner huevos?—preguntó el osito.

—¡Claro que no!—contestó el pato de terciopelo.

—Pues los patos verdaderos ponen huevos, de modo que no te pareces a ellos—contestó el oso.

—¿Sabes nadar?—le preguntó el fantoche.

El pato lo ignoraba, porque no lo había probado nunca.

—Me parece que sí—dijo luego.—Estoy seguro de que en cuanto lo probase sabría nadar.

—¿Puedes comer ranas?—preguntó Emilia.

—¡Oh, qué cosa tan asquerosa! No tengo el menor deseo de hacerlo—contestó el pato de terciopelo, sintiendo náuseas.

—Resulta, pues, que no sabes poner huevos, no puedes

nadar y tampoco comer ranas, de modo que no te pareces en nada a un pato verdadero—dijo el oso.—¡Ja! ¡Ja! Ja!

Sus compañeros le hicieron coro y el pato de terciopelo se sintió inundado de rabia.

—Pues sabed que soy igual que un pato verdadero, aunque mucho más bonito—dijo.—Y, si lo probase, estoy seguro de que podría poner huevos. . . pero nunca lo he intentado siquiera.

—Bueno, pues, pruébalo y pon uno—dijo Emilia.

El pato de terciopelo se sentó e hizo toda clase de esfuerzos para poner un huevo. Mas, como no lo consiguiera, tuvo un desengaño muy grande.

—Bueno, ya que no haces eso, cómete una rana—le indicó el fantoche.

—Traédmela y me la comeré—replicó el pato de juguete.

Pero nadie sabía dónde encontrarla ni cómo obligarla a ir a la habitación de los juguetes, de modo que se resignaron a creer las afirmaciones de su compañero acerca del particular.

—Ahora demuéstranos que sabes nadar—dijo el osito.

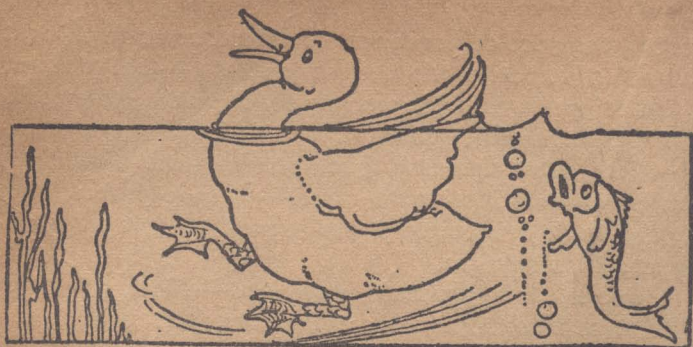
—¿Y dónde queréis que nade?—preguntó el pato.—No hay por aquí ningún estanque. Y el cuarto de baño está demasiado lejos para todos nosotros.

—Podrías nadar en la pecera que hay en ese estante—le indicó Emilia señalando una gran pecera de vidrio, donde nadaban cuatro peces dorados. Pero al pato de terciopelo no le agradó la idea.

—Esta noche no tengo ganas de probarlo—dijo.—A lo mejor los peces se enfadan.

—¡Tienes miedo!—le gritaron todos.—¡Mientes! No sabes nadar, y no te pareces a ningún pato verdadero.

Estas palabras enojaron al pato de terciopelo que se encaramó al estante donde se hallaba la enorme pecera



—¡SOCORRO! ¡SOCORRO! ¡ME HUNDO!—GRITÓ EL PATO DE TERCIOPELO

de cristal y se arrojó al agua. Por un momento flotó muy bien y ello lo puso muy contento.

—Sé nadar—gritó.

Pero ¿qué sucedió luego? Pues que el agua empapó el terciopelo y luego pasó al serrín, de que estaba relleno. El pato se tumbó y empezó a hundirse. Es indescriptible el susto que tuvieron, no solamente él, sino los demás juguetes.

—¡Socorro! ¡socorro! ¡socorro!—exclamó el pato de terciopelo.—¡Me hundo! ¡Me hundo! ¡Socorro! Socorro!

Los peces fueron a morderlo y los demás juguetes, horrorizados, contemplaban la escena. ¿Qué podrían hacer? ¿Quién os figuráis que acudió a socorrerlo? Pues las tres ranas de celuloide que Pablo hacía flotar todas las noches en el baño. Durante la disputa permanecieron quietas y calladas, porque eran juguetes pequeñitos y no se atrevían a hablar. Y también sintieron algún miedo



A LA MAÑANA SIGUIENTE PUDO GRAZNAR MEJOR QUE ANTES

de que el pato de terciopelo se dispusiera a comérselas, en vez de hacerlo con las ranas verdaderas.

Pero eran muy valerosas y decidieron socorrer al pato. Saltaron al estante y luego al agua. Bucearon por debajo del pobre y asustado pato, y pronto lo llevaron a la superficie. El osito y el fanteche lo sacaron chorreando y él saltó de nuevo al suelo.

—Sentimos mucho lo que ha ocurrido—dijo el osito asustado.—Perdónanos.

—No soy igual que un pato verdadero—dijo muy triste el pato verde.—Ni siquiera sé nadar.

—No, pero, en cambio, sabes graznar—dijo el fanteche para consolarlo.—Háznos oír tu voz maravillosa.

Pero como el agua lo había empapado por completo, el pobre pato se encontró sin voz. Además estaba temblando de frío y por esta razón los demás lo acercaron al fuego, que el valiente osito atizó. El pato se secó poco a poco, pero aun continuaba muy triste.

—Ni siquiera puedo graznar—exclamó con lágrimas

en los ojos.—No sé nadar y soy incapaz de poner huevos y de comer ranas. Ya no sirvo para nada.

—¡Bah, no te apures! Te haremos rey de los juguetes, aunque no puedas graznar.

Lo coronaron rey y él se consoló bastante.

Por la mañana, cuando Pablo fué a jugar y tomó el pato, éste tuvo una alegría inmensa, al notar que en cuanto el niño le oprimió el buche, graznó con el mismo vigor de otras veces. Estaba ya seco y se consideró feliz.

Sigue siendo el rey de los juguetes, grazna muy bien, pero, en cambio, ni por casualidad se acerca a la pecera.



LAS DOS MARIAS

María salió a pasear llevando consigo a su muñeca Josefina en un cochecito muy lindo. El día era hermoso y brillaba el sol alegremente.

La niña se metió en el bosque, pero cuando salió de nuevo de él, observó, muy apenada, que se había extraviado.

—No importa—se dijo para consolarse.—Pronto encontraré a alguien y le preguntaré el camino para volver a casa.

En efecto, no tardó en encontrar a un extraño sujeto. Era un hombrecillo que vestía una chaqueta verde y que llevaba una gallina bajo el brazo.

—Hágame el favor—le dijo María.—Me he extraviado. ¿Podría indicarme el camino para volver a casa?

—¿Cómo te llamas?—preguntó aquel individuo.

—Yo me llamo María y mi muñeca Josefina.

—¿Cómo estáis?—preguntó el hombre descubriéndose.

—Ciertamente, puedo enseñarte el camino para ir a tu casa. Sígueme.

Así lo hizo la niña y, con gran sorpresa, vió que, al cabo de poco rato, llegaba a la vista de un pueblecillo muy raro, de casas pequeñas, ante las cuales había una multitud de niños vestidos de un modo muy extraordinario.

—Ya estamos cerca—dijo el compañero de la niña.

—Me parece que por ahí no está mi casa.

—¿No?—preguntó aquel hombre muy extrañado.—

Pues, mira, ahí está—añadió señalándola.



—DISPENSE—DIJO MARÍA.—¿PUEDE INDICARME EL CAMINO DE MI CASA?

María miró hacia allí y vió una casita muy linda, de paredes blancas, cuyas ventanas estaban adornadas por alegres cortinas, y la puerta era de color amarillo brillante.

—Esta no es mi casa—exclamó María.—Se ha equivocado usted.

—¿No me has dicho que te llamas María?—preguntó aquel hombre asombrado.—Mira tu nombre encima de la puerta.

En efecto, sobre la puerta había una inscripción que decía: "CASA DE MARÍA".

La niña se quedó pasmada y entonces, con la mayor sorpresa, observó que su muñeca se apeaba del cochecillo y por sí sola atravesaba el pardín para reunirse con otras muñecas que la esperaban.

—Ya ves, pues, que ésta es tu casa—le dijo aquel hombre.—Te llamas María.



MARÍA MIRÓ AL JARDÍN

—Pues, no, señor, no lo es. Sin duda me ha confundido usted con otra.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó aquel individuo.—Y mucho más lamento haberte alejado tanto de tu casa.

En aquel preciso instante se abrió la puerta amarilla y salió una niña de edad muy semejante a la de María. Al verla, aquel hombre le dijo:

—Mira, querida María, he cometido un grave error. Esta niña se llama María y la he traído a tu casa, figurándome que vivía en ella. Pero no es así.

—¡Dios mío!—exclamó la desconocida con agradable voz—¡qué lástima! Pero, en fin, no importa. Vale más que esta niña entre a descansar un rato. Comerá conmigo y luego ya veremos el modo de llevarla a su casa.

La niña María quedó muy contenta al oír estas palabras. Se despidió del hombre que la había llevado hasta allí y él se alejó, en tanto que su gallina cacareaba.

La niña atravesó el jardín y la otra María la hizo entrar en su casa, que si bien muy pequeña, como la de una muñeca, era lindísima.

—Hoy, para merendar—le dijo la dueña de la casa—, tengo mantecado, porque hace muchísimo calor. Supongo que te gustará.

La niña María dijo que le gustaba mucho y luego las dos pusieron la mesa.

—Este pueblo pertenece al País de las Hadas—le dijo la dueña de la casa.

—¿De veras?—preguntó la niña María.—¡Oh, cuánto me alegro de haber venido!

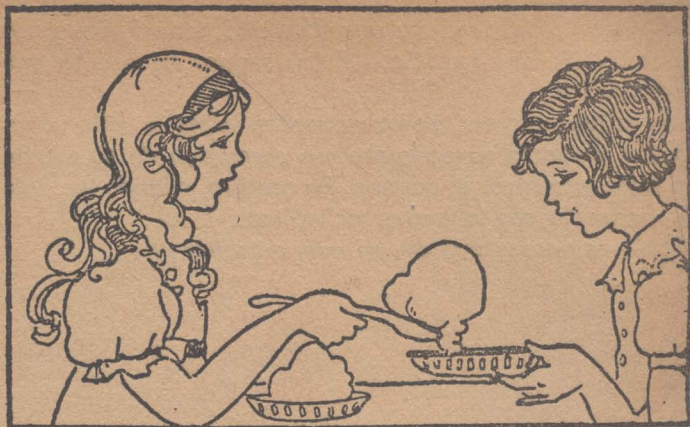
—Pues yo también he tenido mucha alegría de conocerte—le contestó su nueva amiga.—Pero ahora merendemos, porque sin duda tienes mucho apetito.

Entre las dos acabaron con todo el mantecado que la dueña de la casa había hecho y como aun tuvieron más apetito, tomaron luego un buen plato de crema con bizcochos, pasteles de toda clase y por bebida un jarabe de sabor maravilloso.

—¡Oh, qué merienda tan sabrosa!—exclamó la niña dando un suspiro de satisfacción.

—Me alegro mucho de que te haya gustado—le contestó la dueña de la casa.—Y ahora será preciso pensar en acompañarte al lado de tu mamá.

Las dos niñas salieron, atravesando el pueblo, y la niña María observaba, muy interesada, todas las casitas por delante de las cuales pasaban. Con la mayor sorpresa pudo darse cuenta de que en aquel pueblo vivían todos los héroes de los cuentos de hadas. Así vió a la Caperucita Roja, al Lobo, al Gato con Botas, al marqués de Carabás, a Piel de Asno, a la Bella Durmiente, a Barba Azul, que ocupaba un castillo de imponente aspecto, a Blancanieve y, en una palabra, a todos los personajes que



LAS DOS NIÑAS MERENDARON MUY A GUSTO

se habían hecho famosos en el mundo entero. También pudo divisar la morada de algunas brujas espantosas, y, según le dijo su compañera, allí no eran temibles, porque estaban muy vigiladas y en caso de hacer uso de sus malas artes, serían expulsadas sin misericordia.

Por fin dejaron atrás aquel pueblo maravilloso y se aventuraron por el bosque. Y mucho antes de lo que pudo imaginar la niña María, vióse en el camino conocido que conducía a su propia casa.

En cuanto llegaron allí, su nueva amiga no quiso seguir adelante, sino que se despidió de ella. Las dos niñas se besaron con el mayor cariño, no sin prometerse mutuamente que se reunirían con tanta frecuencia como les fuese posible. Luego la niña María se dirigió corriendo a su casa.

¡Qué sorprendida se quedó su mamá al oír el relato de sus aventuras! No podía resolverse a creerlas.

—Pues la próxima vez que vaya allá, mamá, me acompañarás—le dijo la niña.—Estoy segura de que te gustará mucho.

Mas no pudo ser, porque cuantas veces la niña intentó ir a visitar a su amiguita, en compañía de su madre, no pudo encontrar el camino. En cambio, cuando iba sola, lo reconocía sin la menor dificultad.

¿No os parece que eso es muy extraño?



Colección MARUJITA

Publicación semanal de cuentos infantiles

APARECE LOS LUNES

La más simpática colección de cuentos infantiles, preferida por los niños por la ingenuidad de sus argumentos, su elegante presentación, con cubierta en colores y numerosas ilustraciones de reputados dibujantes, inmejorable impresión en tipos de cómoda lectura y precio extraordinariamente económico.

TITULOS PUBLICADOS

- | | |
|--|---------------------------------------|
| 1—El geniecillo del País de las Hadas. | 21—Las púas del erizo. |
| 2—La tetera que acusa. | 22—La peseta falsa. |
| 3—El duendecillo perezoso. | 23—Los seis brujos rojos. |
| 4—La alfombra mágica. | 24—Los zapatos del señor Gruñón. |
| 5—La zorra Pín y la señorita Gansita. | 25—El astuto duendecillo. |
| 6—El enano de Zarzamora. | 26—Los huevos de Pascua. |
| 7—La torrecita en el bosque negro. | 27—Los caramelos de letras. |
| 8—La cometa encantada. | 28—La granja de juguete. |
| 9—El pueblo de los sucios. | 29—La muñeca en el País de las Hadas. |
| 10—El castigo de Clip-Clap. | 30—La apuesta del Conejo. |
| 11—Pocholo y el viento Norte. | 31—Los diez ositos. |
| 12—El pastel mágico. | 32—El país de los botones rojos. |
| 13—El gorro de dormir del brujo. | 33—El saco viviente. |
| 14—El paraguas rojo. | 34—El pez embrujado. |
| 15—La regadera del brujo. | 35—El príncipe y el mago. |
| 16—Los bolsillos mágicos. | 36—El conejo vanidoso. |
| 17—El señor Conejo y la colada. | 37—La escalera asombrosa. |
| 18—El país maravilloso. | |
| 19—Los zapatos encantados. | |
| 20—La buena bruja. | |

EN PREPARACION

- 38—Los enanitos calvos.
39—El dragón y el príncipe.

Cada volumen:
10 Centavos



GOROSTIAGA 1650
BUENOS AIRES